

vencer hasta la conversación humilde y familiar Con Dios.

En san Alfonso hay toda esta gama de actitudes del espíritu, pero generalmente prevalece el aspecto afectivo, la razón del corazón: *cor ad cor loquitur*. El insiste generalmente sobre los actos de fe, de confianza de abandono, de amor; insistencia que manifiesta su mentalidad concreta, su espiritualidad orientada a la práctica. Podríamos decir que san Alfonso es un voluntarista que da pujanza a la voluntad, y hace depender el éxito de las iniciativas y de los propósitos del empeño de la voluntad; no se detiene sobre la reflexión, también porque sabe que cada cosa ha tenido solución por parte de Dios; para el hombre la obligación de conocerla, y apenas conocida, pasar a la actuación, con los afectos, con los propósitos, con la acción. Afirmar claramente la primacía de la voluntad: “En tales meditaciones hay que ejercitar más la voluntad que el intelecto, y las personas devotas esto es lo que van buscando: más los afectos que los pensamientos”.

Invita a las almas a renovar frecuentemente los actos de amor de Dios: “Después que hayáis hecho tales actos, y que hayáis puesto

vuestra alma en el costado de Jesús y bajo el manto de María, y después de haber pedido al Eterno Padre que por amor de Jesús y de María, os guarde en ese día, procurad enseguida, antes de vuestras acciones, hacer oración, o sea meditación al menos durante media hora; y debe agradaros más meditar los dolores y desprecios de Jesucristo, que sufrió en su Pasión. Este es el sujeto más querido para las almas amantes, y que más las enciende del divino amor. Tres devociones deben ser vuestras preferidas, si queréis sacar provecho en el espíritu: la devoción a la Pasión de Jesucristo, al santísimo Sacramento, a María santísima“.

San Alfonso insiste todavía en esta dirección: “Hacer a menudo actos de amor... tratando siempre de unir la voluntad propia a la de Jesucristo“. Cuanto más intensos son estos actos, tanto más se graban en la persona: “Un acto fervoroso de amor basta para mantener el alma fervorosa todo el día“. Los sentimientos humanos pueden cambiar porque en nosotros puede haber una alternancia de alegría y aridez, de entusiasmo y de depresión; no debemos impresionarnos por esto, ni rendirnos, sino que debemos seguir rezando: “Cuando recibas algún rocío desde el cielo en el horizonte,

da gracias por ello a Dios, y prométele entonces fidelidad, para cuando vuelva el viento de la tierra. Estos rocíos Dios quiere que duren poco; por lo que es preciso estar atenta en hacerle fuerza, en soportar las cosas contrarias. Dios quiere un poco de violencia de tu parte para hacerte santo". Por lo demás la aridez puede ser el momento favorable para separarse de las cosas, buscar lo esencial, unirse más a Dios: "Cuando estés más desolado, envía con un suspiro tu corazón a Jesús, y dile: no quiero tus consuelos, sino que te quiero a ti solo; trata de unirme a Dios con la voluntad, pero siempre con actos suaves y sin esfuerzos; ... conténtate y desea esto solo, hacer la voluntad de Jesús".

V. AMOR Y TEMOR

En la oración de san Alfonso que sube "desde el corazón del hombre para llegar al corazón de Dios", están presentes sobre todo dos sentimientos: el amor y el temor. Ella "aúna y funde armoniosamente las dos cualidades extremas de la oración cristiana: una familiaridad afectuosa que sólo el misterio de la Re-

denci3n ha hecho posible, y una profunda seriedad, una gravedad, pr3xima al temor, sin la cual no hay verdadera religi3n“. Los estudiosos han subrayado que la confianza junto con el temor es la caracter3stica esencial de la espiritualidad de san Alfonso, que se esforz3 no s3lo por liberar al hombre del rigorismo moral y del temor exagerado respecto a Dios, sino que adem3s ha tratado de protegerlo de la ligereza que nace de la falsa confianza. Por ello 3l ha hablado tanto de la misericordia de Dios respecto al hombre, en la plenitud de la Redenci3n, del perd3n de los pecados, de la voluntad salv3fica de Dios, del papel de Cristo y de la Se1ora en la vida cristiana, pero al mismo tiempo ha hablado tambi3n de la necesidad de conversi3n, de la lucha contra el pecado, contra el ego3smo y la desidia, exhortando a evitar los peligros y las ocasiones de pecado e indicando la importancia de la oraci3n en la vida cristiana. Esta actitud de base de san Alfonso ha sido llamada “esperanza regulada“.

Ser3 conveniente ver alg3n ejemplo de esta manera de proceder; en una meditaci3n del libro *Camino de la salvaci3n*, san Alfonso escribe: “Dios es de misericordia, Dios es misericordioso, pero tambi3n justo. Los pecadores

querrían que fuese sólo misericordioso, pero no justo; pero esto no es posible, porque si Dios perdonase y no castigase nunca, faltaría a la justicia“. Frente a esta verdad, conviene adoptar una seria resolución: “Para salvarnos es necesario que temamos condenarnos, y temamos no tanto el infierno, como al pecado, que sólo puede conducirnos al infierno. Quien tema al pecado huye de las ocasiones peligrosas, a menudo se encomienda a Dios, toma los medios para conservarse en la gracia. Quien hace así, se salva; y quien no hace así, es moralmente imposible que se salve“. Pero la oración abre el corazón a la esperanza: “Oh si pudiera morir de dolor y morir de amor cada vez que pienso en las ofensas que os he hecho y en el amor que me habéis tenido. Decidme, Señor, qué debo hacer de ahora en adelante para compensar tanta ingratitud mía... oh María, esperanza mía, encomendadme a vuestro Hijo“.

San Alfonso desarrolla con una cierta amplitud el binomio “amor y temor“ en el breve pero sugestivo tratado *Modo de conversar continuamente y de modo familiar con Dios*. Desde el inicio propone el tema que desarrollará en el curso del librito: “... por ello se ve que es

un engaño el pensar que tratar con Dios con gran confianza y familiaridad sea faltar al respeto a su divina majestad. Debéis, eso sí, alma devota, con toda familiaridad respetarlo y humillaros ante su presencia, especialmente al acordaros de las ingratitudes y ultrajes que en el pasado habéis hecho: pero ello no debe impidiros tratar con Él con el amor más tierno y confiado que os sea posible. Él es majestad infinita, pero al mismo tiempo es infinita bondad e infinito amor. Tenéis en Dios al Señor más sublime que puede existir, pero también al amante más grande que pudierais tener“.

San Alfonso es inagotable en hallar argumentos y aspectos apropiados para desarrollar el tema propuesto, y convencer así al alma para suscitar en si el temor y el amor para entrar en la justa relación con Dios. Característico es el motivo que propone al final del opúsculo, y es la invitación a tomar inspiración de los acontecimientos, de los hombres, de las cosas, para elevar una oración en sintonía con la experiencia presente. “Para que podáis siempre manteneros recogido y unido a Dios en esta vida, en la medida de lo posible, procurad de todas las cosas que miréis y escuchéis, alzar la mente hacia Dios o echar una ojeada a la eternidad“. Son muchos los ejemplos in-

ventados por san Alfonso, que revelan la riqueza de su fantasía y su talento poético; vale la pena leer alguno: “Cuando miréis el mar tranquilo o en tempestad, considerad la diferencia que hay entre un alma en gracia o en desgracia de Dios... si alguna vez llegáis a ver un reo de algún delito temblar de vergüenza y de temor ante su juez o el padre o el prelado, considerad cuál será el temor de un pecador ante Cristo juez... cuando veáis los campos, las playas, las flores, la fruta, que os alegran con su vista o su olor, decid: ¡Cuántas bellas criaturas ha creado Dios para mí en esta tierra a fin de que yo lo ame, y cuántas otras delicias me tiene preparadas en el paraíso”.

VI. ORACIÓN POPULAR

San Alfonso que había hecho su elección por el pueblo ya desde joven sacerdote cuando ejerció el ministerio en los barrios más pobres de Nápoles, ya desde joven misionero cuando pudo aproximarse a las poblaciones abandonadas del campo y de los montes de Regno, fue siempre y en todo coherente con su opción. Imprimió el carácter popular a las oraciones que brotan en las páginas de sus li-

bros, porque quería que la oración estuviese a la mano de todos, incluso de los pobres y de los simples. Escribió Giuseppe De Luca: “La grandeza de san Alfonso, única y sin comparación, se busca precisamente en este sentido del alma popular que él sabe maravillosamente encadenar. A quien escribe de piedad para el pueblo le queda el mejor modelo... Ha sugerido al pueblo los términos más elevados en las fórmulas más humildes, los afectos más estáticos en los vocablos más cotidianos. Ha creado en los simples un corazón de santos, y de grandes santos. Es increíble cuánto y en cuántos nos hemos alimentado de él. Él ha sido el amo, durante dos siglos, de los corazones cristianos más humildes y más cándidos”.

San Alfonso es un hombre encarnado en su ambiente y en su tiempo, que conoce lo que hay en el hombre, y sabe sugerir las oraciones, las aspiraciones, los sentimientos correspondientes con su psicología; la piedad que él enseña es profundamente humana, sin excesos de ningún tipo, austera con medida, mística con moderación. En la práctica pastoral, en la regla de vida, en la estructura de las misiones, es evidente el planteamiento de Alfonso que quiere conducir a los pobres y los humil-

des a la vida devota. Al final de las misiones se debía establecer un programa de vida cristiana, que es trazado así por el biógrafo A. Tannoia: “Terminadas las prédicas de las Máximas, había durante tres o cuatro días un pío ejercicio de meditación, que él llamaba *vida devota*. Consistía esto en primer lugar en instruir al pueblo sobre la manera de orar mentalmente; se explicaba la necesidad; y se hacía ver la utilidad de un ejercicio tan pío. Después durante otra media hora se hacía meditar prácticamente la dolorosa Pasión de Jesucristo. Eran tan tiernos estos sentimientos de la Pasión en su boca, que se veían en la iglesia ríos de lágrimas; y así como en primer lugar se lloraba de dolor, en esta meditación se hacía por amor“. En la misma línea popular estaban las sugerencias que Alfonso daba al confesor: éste, conocedor de la inconstancia y de la debilidad del penitente, debe inculcarle los remedios fundamentales, como “a menudo encomendarse a Dios y a la Señora con el Rosario, y cada tarde al ángel guardián y a algún abogado especial“; el confesor debe además recomendar “la meditación de las máximas eternas y especialmente de la muerte; y a los padres de familia hacer oración mental cada día junto con toda

la casa, o al menos recitar el Rosario con todos sus hijos“.

San Alfonso, sabio pedagogo y educador del alma popular, no quiere que la gente se limite a repetir fórmulas de oración ya hechas, sino que la invita a escuchar la propia conciencia, a sentir los impulsos del corazón, para hablar directamente con Dios, y entretejer un diálogo familiar y personal con Él.

VII. LA ORACIÓN LITÚRGICA

San Alfonso fue llevado por vocación a difundir y favorecer la piedad popular; sin embargo no descuidó la oración en su sentido más elevado, expresado en la liturgia, para lo que demostró una sensibilidad y una apertura no comunes en su tiempo. La vivió personalmente y se prodigó para desarrollarla al máximo en los sacerdotes y en los simples fieles con la acción o con los escritos. Publicó diversos libros para llevar a todos a una mejor comprensión de la Misa y del Breviario; recordemos algunos: *Disposición y acción de gracias para los sacerdotes en la celebración de la Misa* (1758); *La Misa y el*

Oficio maltratados (1760); *De las ceremonias de la Misa*; *Sermones compendiados para todos los domingos del año* (1771); *Traducción de los Salmos y Cánticos que se contienen en el Oficio* (1774); esta última obra fue muy trabajada y costó inmenso esfuerzo al autor que consultó a más de 40 comentadores.

La estima por la oración litúrgica se revela en la importancia unida a la práctica de los sacramentos, especialmente de la Comunión y de la Confesión; en este campo la acción de Alfonso se inspiraba en la lucha contra los jansenistas que hacían todo para alejar a los cristianos; tentación que él definió como “veneno que mata”. Con relación a la Comunión escribía: “Sé que los ángeles no son dignos de ella, pero Jesucristo ha hecho digno al hombre para elevarlo de sus miserias. Todo bien lo tenemos por este Sacramento: faltando esta ayuda todo es ruina”.

Repetidamente puso de relieve el valor de la oración litúrgica sobre la cual escribió pensamientos notables: “Cien oraciones privadas no pueden alcanzar el valor de una sola oración hecha en el Oficio”. Repetía el pensamiento de un sabio religioso que decía que cuando

falta el tiempo, se debe abreviar la oración mental y dar más tiempo al Oficio para decirlo con mayor devoción.

Ya como misionero o como obispo san Alfonso se preocupó del decoro de los ritos litúrgicos y se comprometió en la reforma del canto sacro.

Apóstol de la Eucaristía, encomendó la participación cotidiana en la Misa: "... oír la Misa cada mañana. Cuando asistimos a la Misa, rendimos más honor a Dios que el que le rinden todos los ángeles y los santos en el cielo, porque éste es honor de criaturas; pero en la Misa nosotros ofrecemos a Dios a Jesucristo, que le da un honor infinito".

Era consciente del sacerdocio común de los fieles, que se deben unir al celebrante y orar junto con él: "Este sacrificio no es ofrecido sólo por el sacerdote, sino por todos los presentes, porque en la celebración de la Misa en cierto sentido todos componen la misión del sacerdote". Aquí alcanza fuerza la oración del cristiano: "La oración de un fiel es atendida más fácilmente cuando se hace ante la presencia de un sacerdote que celebra".

VIII. EL CAMINO EN LA ORACIÓN

La oración somete a su ley toda la obra de nuestra salvación y de nuestra santificación y por tanto toda una serie de actos que la constituyen, desde la conversión a la penitencia, al deseo de salvarse, de hacerse santos, a la resolución y la práctica de las virtudes, hasta el amor de Dios que es el culmen de la perfección, y la misma perfección. Esta es la enseñanza implícita en la teología de san Alfonso. “Toda la vida de los santos, escribe él, ha sido vida de oración y de plegaria, y todas las gracias con las que se hicieron santos, las han recibido con la oración. Si queremos pues salvarnos y hacernos santos, debemos permanecer ante las puertas de la misericordia divina y orar y pedir como limosna todo lo que necesitamos. Necesitamos humildad, pidámosla y seremos humildes; necesitamos paciencia en la tribulación, pidámosla y seremos pacientes; deseamos el amor divino; pidámoslo y lo obtendremos”.

En el orden sobrenatural rige como en el natural la ley del desarrollo que exige el alimento oportuno y necesario; así como el organismo tiene necesidad del pan y de la comi-

da para vivir, para mantenernos en la existencia y crecer, así el organismo espiritual tiene necesidad de un alimento y de un pan espiritual, que es precisamente la oración. Es la ley de la infancia y de la madurez de la que habla san Pablo y que rige todo el proceso de la salvación y de santificación.

La oración debe adecuarse a las diversas fases y situaciones del itinerario espiritual del hombre; debe ser progresiva y seguir un movimiento incesante de desarrollo. Si “vivir es cambiar, y si la perfección es el resultado de cambios incesantes” “(Newman), entonces una oración viva asumirá poco a poco nuevos aspectos, diferentes grados, expresiones imprevisas: de ser mediocre se hará fervoroso, de escasa se hará frecuente, habitual porque si Dios está siempre presente para el hombre, también el hombre debe estar siempre presente para Dios; de oración discursiva y atormentada se hará con el paso del tiempo oración de simple mirada, de quietud, oscura y luminosa, hasta alcanzar las cumbres de la contemplación.

San Alfonso habla en sus escritos también de aquel último estadio que el alma alcanza en su ascensión hacia Dios, y que él llama *ora-*

ción de contemplación. Sobre este punto los estudiosos del santo se dividen en la interpretación de su pensamiento. Lo que es cierto es que la oración de la que él habla de costumbre es la contemplación *activa*, capaz por sí misma de conducir a la unión activa. Sobre este punto es muy claro: “Todo el fin de un alma debe ser la unión con Dios, pero no es necesario para el alma para hacerse santa alcanzar la unión pasiva; basta alcanzar la unión activa... La actividad es la perfecta uniformidad a la voluntad de Dios” (*Praxis confessarii*, 129).

Sin embargo, místico él mismo, no desprecia las gracias místicas; la oración activa puede transformarse en oración pasiva o infusa. Se puede decir que la doctrina de san Alfonso está orientada hacia el ascetismo que, fielmente practicado, dispone de modo excelente hacia la mística. Las exigencias de tal ascetismo desarrollan en el alma las condiciones más favorables por medio de las cuales, con el tiempo y bajo la guía del Espíritu Santo, podrá alcanzar las cimas de la contemplación infusa hasta la experiencia suprema de Dios.

ÍNDICE

TEOLOGÍA DE LA ORACIÓN	3
I. LA ORACIÓN CRISTIANA COMO ACTUACIÓN DE NUESTRA RELACIÓN “RELIGIOSA” CON DIOS	5
1. Fundamentos y componentes generales de la oración cultural	6
2. Valor “religioso” de la oración cristiana a nivel individual de la persona	15
1) La oración cristiana como alabanza y adoración ...	15
2) La oración cristiana de petición	19
3) La oración cristiana de expiación	27
4) La oración cristiana de acción de gracias	29
3. Valor eclesial de la oración cultural	31
a) Aspecto de la mediación sacerdotal de Cristo	34
b) Actividad íntima en la iglesia	36
c) Actividad del Espíritu en la Iglesia	37
d) Actividad altamente santificante	38
e) La oración y el crecimiento escatológico de la Iglesia	42
II. EL ASPECTO CONTEMPLATIVO DE LA ORACIÓN CRISTIANA	45
1. Valor contemplativo de la oración cristiana a nivel individual	45
2. Valor contemplativo de la oración cristiana a nivel eclesial	54

CONCLUSIÓN: VISIÓN SINTÉTICA	57
------------------------------------	----

EL PROBLEMA DE LA ORACIÓN EN

LOS PADRES	66
------------------	----

I. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA	68
---------------------------------	----

1. El camino hacia la implantación y la oración según Clemente	68
---	----

2. Cuándo y cómo orar	73
-----------------------------	----

3. Qué pedir y qué no pedir	77
-----------------------------------	----

4. Algunas actitudes exteriores en la oración	78
---	----

II. LOS PADRES DESDE CLEMENTE

A AGUSTÍN	80
-----------------	----

1. A la búsqueda de una definición de la oración	80
--	----

2. Oración incesante o a horas establecidas	83
---	----

3. Oración interior y vocal, privada y comunitaria	87
---	----

4. Utilidad y necesidad de la oración	89
---	----

5. La preparación a la oración	91
--------------------------------------	----

6. Oración incesante	94
----------------------------	----

7. La oración de acción de gracias, de alabanza y de petición	95
--	----

8. En la oración pedir totalmente y solamente lo que se contiene en el Pater	98
---	----

9. A quién y dónde orar	106
-------------------------------	-----

10. Algunas costumbres en la oración de los primeros cristianos	109
--	-----

11. Situaciones que favorecen la oración	111
--	-----

12. Situaciones que hacen imposible la oración	116
--	-----

ORACIÓN Y SALVACIÓN	118
I. LA ORACIÓN EN LA OBRA DE	
LA SALVACIÓN	121
II. ORACIÓN Y GRACIA	126
III. ASPECTOS DE LA ORACIÓN	133
I. El tiempo de la oración	133
2. La trama de la oración	137
IV. COR AD COR LOQUITUR	140
V. AMOR Y TEMOR	143
VI. ORACIÓN POPULAR	147
VII. ORACIÓN LITÚRGICA	150
VIII. EL CAMINO DE LA ORACIÓN	153